El humanismo crítico de Dámaso Alonso

La publicación del volumen VIII de las *Obras Completas* de Dámaso Alonso, Madrid, Gredos, 1972-1985 (en curso de edición), nos da pie para una revisión completa de su labor ensayística. Se trata de una obra de suma importancia en el marco de los estudios de literatura española. Muchos de estos textos incitan a una relectura continuada, llenos de sugerencias, dispuestos a servir de ejemplo fructífero a futuros investigadores jóvenes que pueden aprender en ellos una actitud enamorada de nuestra cultura y nuestra literatura, apasionada y lúcida a un tiempo. También hay la sorpresa de textos hasta ahora inéditos, y otros de más difícil acceso ahora recogidos.

El volumen I, *Estudios lingüísticos peninsulares,* 1972, en el que no entraremos, tiene un gran interés para los estudiosos de nuestra lengua. Como veremos, en el volumen IV de estas obras completas Dámaso Alonso insiste en la importancia de los estudios de historia de la lengua y lingüística, para mejor comprender nuestra Historia de la Literatura. Aquí analiza temas y problemas de la fragmentación fonética peninsular, del occidente peninsular, y otros estudios peninsulares. En toda esta admirable labor filológica está presente el magisterio de Menéndez Pidal, a quien más adelante dedicará un amistoso recuerdo, destacando la importancia de sus investigaciones en este difícil campo.

El volumen II, *Estudios y ensayos sobre literatura. Primera parte,* 1973, contiene unas anotaciones previas acerca de la ordenación de esta parte de la obra. Intenta un criterio cronológico en la disposición de estos ensayos, que ocuparán los volúmenes II, III y IV, excluyendo los dedicados a Góngora entre otros, que aparecerán en volúmenes aparte. Muchos de estos trabajos se publicaron como artículos. No se han realizado modificaciones a los textos. Junto a los trabajos extensos —sobre las jarchas, la *Nota Emilianense,* etc.— hay otros breves y ligeros. En esta nota previa indica el plan aproximado de la edición, que se cumplirá como veremos, con leves variaciones hasta el momento. Indica la importancia del descubrimiento de Stern para los romanistas —hasta entonces sólo en revistas semitistas—. Dámaso Alonso está al tanto de los descubrimientos de la época; su amistad con Emilio García Gómez le vinculaba además a estas áreas de conocimiento.

En el epígrafe «Orígenes», recoge el conocido trabajo *El primer vagido de nuestra lengua,* sobre el primer texto de nuestra lengua. Dámaso Alonso glosa el hecho de que se trate de una oración (p. 12), mientras que los primeros textos franceses son militares y políticos, y los italianos sobre bienes materiales. Esta anotación pone de manifiesto el sentido que don Dámaso encuentra en nuestra literatura, el punto de vista que adopta

ante ella, detectando la espiritualidad casi omnipresente en los mejores textos de la literatura española, espiritualidad no necesariamente religiosa que enlaza con el realismo de nuestras letras.

El trabajo sobre *El collar de la paloma* conlleva una importante labor de difusión que Dámaso Alonso realiza en su obra ensayística. Comenta temas de máxima importancia, desde una perspectiva netamente original —cuyas características señalaremos enseguida—. Notas inteligentes y sabias de lectura, plenas de sensibilidad crítica. Evocación enamorada, de la época (pp. 22 y ss.)

Su estudio sobre las jarchas (pp. 27 y ss) es nuclear en este volumen. Don Dámaso tiene una gran sensibilidad para acertar con la belleza, cuando recrea por ejemplo la jarcha que traducida dice: «Mi señor Ibrahim, ¡oh nombre dulce!, vente a mí de noche. Si no —si no quieres—, yo me irá a ti: dime dónde encontrarte» (p. 31). Así mismo sobre *Cancioncillas de amigo mozárabes* (pp. 33-86), que pone alerta sobre la importancia de los descubrimientos de Stern, cuya relevancia para nuestra literatura él demuestra. Hay anotaciones sobre la ingenuidad de Menéndez y Pelayo respecto al sexo a que va dirigida una cancioncilla (p. 35), que demuestra una gran receptibilidad para la problemática de esa literatura por parte de don Dámaso, frente al candor —en este caso— del admirable don Marcelino. Comentará ampliamente los hallazgos de Stern, más antiguos que los textos de Guillermo de Poitiers (pp. 40-41). Señalará la dificultad de la lectura de las jarchas, la frescura y desgarro de estos poemas (p. 48), en una visión llena de sentimiento e inteligencia acerca del pasado literario español: quizás hoy nos hemos hecho más fríos y a veces menos documentados... Estudia los diversos autores de las jarchas, problemas de desciframiento de sentido, etc. (pp. 54 y ss.) Establece una interesante relación entre las coplillas mozárabes y los Cancioneros de la península (pp. 58 y ss.), entre las jarchas y las muwasahas (pp. 62 y ss.) Destaca el mozarabismo de estas canciones, y la ascendencia tradicional anterior a la poesía gallego-portuguesa, que hoy admiten todos los tratadistas siguiendo sus pasos. Extrae importantes conclusiones de este descubrimiento (pp. 68 y ss.), y sugiere desplazar el interés del zéjel al villancico, como es bien sabido hoy. Estudia el enlace de la poesía mozárabe con la tradición castellana (pp. 73 y ss.), y con la portuguesa.

Hay un punto en el que quisiera recalar: cuando Alonso destaca —a pesar de su arabismo— el origen románico de las jarchas (pp. 81 y ss). Este es un punto en el que la antropología, la historia y la filología se dan la mano para una posible futura investigación sobre el tema. Por nuestra parte queremos simplemente apuntar un dato: en su espléndida *Andalucía, historia de un pueblo,* Madrid, Espasa-Calpe, 1982, don José Manuel Cuenca Toribio se refiere a la influencia islámica en esa región, se refiere al gran cultivo del viñedo, uno de los de mayor extensión del país, pese a las prescripciones coránicas (p. 220, de *op. cit.).* De todo ello —junto a numerosos datos sobre la organización agrícola, que pervive desde la época romana— quizás podríamos concluir que la población andaluza, aunque finalmente con mixturas de raza —patentes luego en el hecho morisco— se mantuvo de manera autóctona durante la invasión islámica. Tratamos de señalar que no creemos a los andaluces un injerto evolucionado del mundo árabe, como ingenuamente se piensa a veces. Fueron dos razas que convivieron amistosamente, pero de manera diferenciada y autóctona, con costumbres distintas —lo ve-

mos por el dato del profesor Cuenca que hemos interpretado— y con literaturas distintas —lo vemos quizás en el problema de las jarchas, tal y como lo trata Dámaso Alonso—. La fusión de razas se daría más adelante, motivando un tercer elemento mestizo de moriscos y mozárabes. Pero creemos que hay elementos para fundamentar la existencia de una población autóctona andaluza, con costumbres y cultura propias, durante la época de la invasión islámica. En todo caso se trata de un apasionante problema, donde la Historia, y la Historia de la Literatura, junto a la Antropología, como hemos dichos, podrían aportar conclusiones de gran interés.

Debemos señalar, después de esta breve digresión personal, que lo que Dámaso Alonso hace es indicar la existencia de «tres razas, tres literaturas, tres lenguas que colaboran: cristianos, moros y judíos» (p. 83). Así explica este problema —que está en la base de los trabajos de Castro y Sánchez Albornoz, en la época en que don Dámaso escribe— con estas líneas sobre el nacimiento del núcleo lírico:

> Esta colaboración nos la explicamos así: el origen mismo está en los siglos aún oscuros del romanismo peninsular; la lírica tradicional (¿de qué aún más soterraños gérmenes?) fermentó como la lengua y con el mismo ritmo de la lengua. Con la invasión, se vio sumida en lo árabe, rodeada de cultura árabe; y mientras se dejaba penetrar de numerosos arabismos, producía en la literatura árabe extrañas revulsiones: sobre las canciones o villancicos romances se construyeron poemas (muwassahas y zéjeles); y es posible que la misma forma estrófica de estos poemas (forma nueva en árabe) esté basada en glosas o desenvolvimientos estróficos de los villancicos que existieran también en romance. (Pág. 83.)

Para don Dámaso lo importante es que poetas cultos árabes y hebreos recogieron esas jarchas redactadas en la lengua vulgar que nadie escribía y las tomaron como núcleo de intensidad lírica de sus muwasshas *(ibid.)*. Y concluye: «Cristianos, moros y judíos juntos bajo el sol de Andalucía: ¡qué lejos estamos de todo "medio-latinismo" o "liturgismo"!» (pp. 83-84).

En todo caso el problema sigue en pie. Una cuestión importante que desafía a futuros investigadores. Alonso defiende la existencia de una lírica románica perdida en la España del Norte y en otros países, durante los siglos oscuros (p. 84). Pero debemos notar que los fragmentos de esta lírica han aparecido precisamente en el Sur, lo que abonaría nuestra hipótesis de una cultura autóctona, andalucista pero con base de otras razas no islámicas. Quizás nuevos descubrimientos, después de los de Stern comentados por Alonso, puedan corroborar esta idea. En todo caso la romanización de Andalucía fue demasiado profunda para ser olvidada rápidamente. Aún subsisten allí las columnas romanas junto a las árabes. Incluso sistemas de organización agraria.

Pasa luego don Dámaso a estudiar otro capítulo fundamental de nuestra historia literaria: la épica románica. Alonso revitaliza la problemática del *Poema del Mío Cid,* con una recreación llena de sensibilidad crítica que acerca esta obra medieval a la sensibilidad contemporánea. El mismo espíritu que llevó a Salinas a comentar —con menos profundidad de conceptos— esta obra, y a verterla al castellano moderno. Estudia el estilo y creación en este poema (pp. 107 y ss), en un trabajo de suma importancia. Creemos que este conocido artículo viene a completar el estudio sistemático, lleno de profundidad en su análisis, de Menéndez Pidal. Lo completa con la calidez humana, con la sensibilidad crítica que siempre caracteriza a don Dámaso. De este modo comprendemos mejor rasgos de estilo —¡qué fructífera la estilística de Dámaso Alonso en nuestros estudios literarios!—, como rapidez de exposición, movimiento, etc., frente a la pesantez

de la *Primera Crónica General* (pp. 111 y ss). Dámaso Alonso coteja ambos textos, y lo que para otro crítico habría sido una fría —y ciega— constatación documental, se convierte en sus manos en fuente de nueva apreciación llena de pasión enamorada por nuestro pasado y nuestra cultura. Luego son factores retóricos, repetición, etc. (pp. 115 y ss). Recreación del realismo español, pintura de almas, estudio de personajes en esta obra y cómo evolucionan en el poema, el laconismo castellano, la psicología del Cid (pp. 123-124), rasgos de humor (pp. 125 y ss.) En fin, se trata de una bellísima recreación, que levanta nuevo interés en cada relectura. Don Dámaso erige un texto poético, el de su crítica apasionada y agudamente penetrante, sobre los versos del poema. De aquí el cotejo con la épica francesa, que sirve para elogiar la delicadeza del autor español. Don Dámaso siente la obra que lee: «Y emboscado en un monte espeso, ve pasar a los dos infantes solos. Van hablando algo que aumenta los augurios del joven (...)» (p. 137). Qué contraste con el pretendido cientifismo racionalista de hoy. Y sin embargo, pese a esta visión enamorada, que despierta y contagia el interés del lector, nadie puede negar una importante documentación en el autor, pero regida siempre con una magistral sensibilidad crítica.

Spitzer, en el Congreso de la FILLM, reconoció honradamente la subjetividad de la crítica estilística. Pero esto no es óbice para que reconozcamos el valor de los textos críticos que ha aportado. Véanse los trabajos de Amado Alonso. Y véanse los que tenemos ahora delante, de Dámaso Alonso. Sólo que en él, como veremos, la estilística es instrumento puesto al servicio de una concepción personal de la literatura y la cultura española. No podemos catalogar a Dámaso Alonso simplemente como adepto a la estilística. Veremos que también el positivismo deja su huella importante en sus trabajos. Pero lo que hay, en todo caso, en su obra, es una singular capacidad de apreciación del texto literario, una aproximación llena de humanidad. Esto es lo que llevará a tantos jóvenes críticos y universitarios que lean su obra en el futuro, a enamorarse de la investigación filológica. Don Dámaso analiza con gran objetividad los temas que toca, y sin embargo en ese análisis está presente siempre la pulsión original de temperamento, de su sensibilidad. Algo que hoy se sacrifica a encubiertas fórmulas racionalistas de lógica matemática y empirismo romo. Pero, hay que reconocerlo, no todo el mundo está capacitado para realizar este tipo de crítica, como lo hace con su personalidad peculiar don Dámaso. No sólo hay que tener una gran documentación y sabiduría, sino saber utilizarla. Y exponerla luego con la pudorosa, inteligente, ternura humana que manifiesta el autor de estas obras completas, que consideramos un nuevo cimiento del edificio filológico español, herencia que viene de Milá, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, interpretada con nuevos hallazgos y nuevas maneras, de gran originalidad, por este poeta de la cultura que es Dámaso Alonso.

Son textos los que ahora se nos presentan, de todos conocidos en su mayor parte, pero también —sobre todo en los restantes volúmenes— otros menos leídos, y algunos inéditos.

Dámaso Alonso resume polémicas importantes de la época, como la que enfrentó a Joseph Bédier y Menéndez Pidal respecto a los orígenes y devenir de la épica (pp. 145 y ss.). Creemos que nuestro autor fija pedagógicamente la problemática, y difunde conclusiones. Realiza así también una importante labor de difusor de cultura. Diversos ma-

nuales, como la monumental *Historia de la Literatura* de Juan Luis Alborg —obra admirable— se harán eco de esta polémica más adelante.

Insiste más adelante en el tema de la tradición épica en la obra de Menéndez Pidal (pp. 163 y ss.). Hace un admirable elogio del positivismo de este investigador, ensalzando su escrúpulo y exactitud científica (p. 164), registro de fuentes de estudio, colación minuciosa de datos, exposición precisa, clara y ordenada, mencionando fuentes que pueden ser comprobadas por el lector. Pero también la teoría, «sin teoría no hay historia» *(ibid.),* la más sencilla afirmación histórica es teoría: «La historia es siempre una construcción mental de un ser pensante: es una teoría formulada por un cerebro creador, para explicar y asociar datos, de otro modo inertes» (p. 164). Y respecto al positivismo afirma:

> Sin embargo, el positivismo, que fracasa rotundamente erigido en suprema filosofía, o mejor, única metafísica, presta servicios enormes al campo de las ciencias históricas: lleva a ellas un terror a las magníficas construcciones teóricas (tan frecuentes antes) y un crecimiento de una metodología llena de exactitud y escrupulosa. (Pág. 165.)

Tal vez esta afirmación, perdida entre las líneas de su trabajo sobre la tradición épica en Menéndez Pidal, sorprendan a alguien. Pero no debemos olvidar que Alonso utiliza tanto la estilística como el positivismo para hacer una aproximación personal a cada tema, como se pondrá de manifiesto más adelante. Alonso es mucho más que estilística, aunque la lleve a suprema cumbre crítica.

Además, las intuiciones documentadas de Alonso completan el rigor intelectual de los trabajos de Pidal, aportando una nueva sensibilidad crítica.

Hay hipótesis, suposiciones necesarias, a veces arriesgadas, aunque siempre fundamentadas, acerca de la pérdida de parte de nuestra épica y su prosificación (pp. 177 y ss.), y el paso de la gesta a los romances. Hoy las hemos aceptado en su mayor parte, pero en la época eran aventuradas hipótesis que enlazan los trabajos de Menéndez Pidal y los de Dámaso Alonso, tan distintos al mismo tiempo entre sí. Indica dónde reside el problema: aún no se ha resuelto, nos dice, la génesis del romancero (recuerde el lector aquí los magníficos trabajos de don Manuel Alvar, sobre tradicionalidad y pervivencia del romancero español). Se insiste sin embargo, en que no deben establecerse teorías sin fundamento, que es la preocupación que Alonso descubre en el joven Menéndez Pidal (p. 167). Hay también una cierta aportación a la literatura comparada, cotejando la épica española respecto a la francesa (pp. 189 y ss.).

Toca también aspectos muy concretos, documentados siempre, de estilo, por ejemplo respecto al anuncio del estilo indirecto en el *Poema de Mío Cid* y la épica francesa (pp. 195 y ss.). Debemos destacar que la estilística de Dámaso Alonso posee siempre una fundamentación documental de base positivista, por ejemplo sus trabajos sobre Góngora, tan admirables. También en este artículo se emplean elementos objetivos, con estudio de porcentajes, cotejo entre *Poema de Mío Cid* y *Roland,* etc. Alonso está al tanto de la nueva crítica, pero enlaza siempre con la sólida tradición de la antigua.

El hallazgo de la *Nota Emilianense* es así un importante documento encontrado por Alonso, y aquí se contiene su conocido trabajo sobre el tema (pp. 215 y ss.), que nos habla de esta preocupación positivista, fundamentada, pero desde el prisma siempre de una perspectiva personal que está por encima del corsé posible de toda metodolo-

gía. Estudia luego la primitiva épica francesa a la luz de esta *Nota* (pp. 1.065-1.075), en un largo e importante trabajo. Pero insiste más adelante: «No hay avance científico posible sin un estructuramiento de los datos que poseemos: la teoría nos es necesaria» (p. 228). Dámaso Alonso aportará una labor importante de teorización, pero con una base documental aprendida entre otros en Menéndez Pidal, cuya tradición prosigue de otro modo. Así, retrotrae la antigüedad de los ciclos épicos a la luz de sus descubrimientos textuales. Alonso va más allá del dato, profundiza, horada, vuela alrededor y por fin, indaga en su centro hasta que surge la conclusión importante que confiere relieve a su texto crítico.

En el epígrafe «De Berceo a Juan Ruiz» (pp. 323 y ss.), se contienen valoraciones llenas de calor humano y penetración psicológica, que nos ayudan a comprender mejor estos autores. Respecto a la anotación que antes hacíamos sobre la cultura autóctona andaluza en el medievo, destaco que en pp. 324-325 Alonso comienza a dudar de las teorías de Castro, algunas de las cuales le interesan mucho, «cuando vemos que allí se prueba ser de nula importancia para la formación de nuestro carácter nacional todo lo anterior a la Reconquista —aborigen, latino, visigodo—» (p. 325).

A la luz de una comprensión humana de la situación del escritor medieval, entiende la penetración de la realidad en la obra de arte que es el texto de Berceo (p. 327). Piensa que «la obra literaria es un compromiso entre tradición y expresión individual» (p. 330), y así lo detecta ya en Berceo tempranamente. Para estas fechas, 1957, en que redacta este trabajo, Alonso ya tiene clara su metodología literaria. Alude a la sincronía/diacronía de Saussure, pero no la utiliza (pp. 332-333). El tema de la investigación literaria, nos dice, es «la unicidad de la obra, del "poema", prosiguiendo:

> Y lo que yo quisiera sería, precisamente, explicar qué es lo «único», lo «personal» del escritor, lo «peculiar» de su obra, y su efecto sobre mí, sobre el lector. Para saberlo, sí, será necesario que se haya investigado qué es lo que tienen de común con otros. Pero mi perspectiva —lo que a mi corazón y mi inteligencia les importa— no es ésa, sino la de la íntima originalidad. (Pág. 332.)

Propone estudiar lo común, los «topoi» como Curtius, pero también por qué un poeta de hace setecientos años le emociona, y por qué su voz es inconfundible (p. 333). Alonso establece así las bases teóricas de su aproximación estilística, a través de breves anotaciones dispersas: porque su teoría literaria surge tan sólo de la práctica, del análisis concreto de los autores y los textos, no es una especulación en el vacío. Hoy se hace a veces lo contrario, se sienta primero la teoría —en ocasiones inaplicable— y luego se intenta realizar, con desigual resultado, pues se ha partido de estructuras ideales, prefijadas.

Alonso toca una serie de temas de Juan Ruiz, como la injusticia social (pp. 335 y ss.), el dinero y los ricos. Utiliza aquí, posiblemente, la crítica temática a la manera de su compañero generacional Pedro Salinas —autor de bellísimos trabajos, de todos conocidos, sobre Manrique y Darío, con una peculiar perspectiva temática, más profunda y comprehensiva que la caprichosa proveniente de Francia posteriormente—.

Juan Ruiz sería poeta del pueblo (pp. 337 y ss.) También el *Libro de miseria de omne* es una protesta social contra su tiempo (p. 339). Dámaso Alonso escribe esto en 1937-1958.

A través de su comentario estilístico reescribe los versos, revelando su intencionali-

dad, situándolo en el punto de vista más adecuado para ser entendido por un lector moderno.

Alonso nos habla de los poetas medievales y renacentistas en desamparo: Juan Ruiz, López de Ayala, Fray Luis. Los tres pasaron por la cárcel. El tema de la cárcel en Juan Ruiz es auténtico, no simbólico (pp. 383 y ss.).

Cuestiones críticas dispersas en sus páginas, en las que a veces adopta una actitud ecléctica entre estilística y positivismo (pp. 381-382) («Para el crítico que no pertenece ni a la "una" ni a la "otra" crítica [...]» p. 382). El humanismo es la verdadera actitud crítica que detectamos en Dámaso Alonso. Humanismo que se entronca con las corrientes de su época: el positivismo de Pidal, la estilística de Spitzer —practicada tan bellamente por su hermano Amado Alonso a quien dedicará un artículo en su recuerdo—, la temática de Salinas.

Alonso gira en torno a una serie de problemas intelectuales que le preocupan. Vuelve sobre la cultura árabe y europea, ahora en Juan Ruiz (pp. 399 y ss.). Relectura también de clásicos de la Edad Media, como el Arcipreste de Talavera (pp. 443 y ss.), entre moralista y novelista. Por encima de la fría documentación y los empolvados legajos, pero edificando sobre ellos, nos da una visión objetiva y apasionada, llena de entrañable calor humano. La sátira medieval es así un precedente de la novela moderna (pp. 445-446), a través del monólogo y el diálogo.

Resucita también a clásicos menos conocidos como Fray Ambrosio de Montesino y Fernández de Heredia. Labor de difusión de la cultura, promotor de nombres olvidados. Bellos villancicos de Montesino que recoge. Visión lírica de la obra de Gil Vicente también (pp. 453 y ss.) y sus canciones portuguesas y castellanas. Gusto poético en la selección de versos de este autor (pp. 465 y ss.), cuyos precedentes dramáticos también recoge, aunando de nuevo positivismo y estilística (pp. 469 y ss. sobre lusismos; p. 475 sobre precedentes de su teatro).

Elogia la edición, soberbia —¿cuándo se reeditará esta obra admirable?— de Gillet de la obra de Torres Naharro (p. 481, n. 2). Conoce los cimientos de sabiduría crítica de la época. Pero maneja la documentación hacia los fines que le dicta su sentimiento crítico, pero siempre con objetividad y calor humano a la vez, difícil síntesis, imposible equilibrio.

Junto a todo esto, hay espacio para la poesía contemporánea, y es consciente de que el 27 —generación a la que Dámaso Alonso pertenece por derecho y de hecho— instaura un período áureo de nuestra literatura (pp. 491 y ss.). Indica: «quien no participa en la comprensión del arte de su época, difícilmente comprenderá el antiguo» (p. 491). De aquí surge una nueva visión de Garcilaso, por ejemplo —también luego de Góngora, etc.—: «Garcilaso no es arqueología, es un poeta moderno. En cierto sentido, el primer poeta moderno europeo» (p. 497). Esta resurrección de los clásicos nunca se la agradeceremos bastante a don Dámaso. Nótese el gran camino que hemos andado: reconoce por ejemplo que hacia 1850 literalmente no se sabía lo que era la lírica de España (p. 495), salvo el Siglo de Oro. Lo que hoy sabemos de nuestra literatura lo debemos, según nuestra particular opinión, a tres grandes maestros: Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal y Dámaso Alonso. A través de ellos ha surgido toda una gran familia de investigadores, cuya herencia van recogiendo los críticos actuales que van tomando el

relevo. Quizás sólo desde el 98 —además del precedente de Menéndez y Pelayo—, hemos aprendido a amar nuestro pasado literario. Y aún nos encontramos en el comienzo de una gigantesca labor crítica, que es obra de varias generaciones anteriores, y lo será todavía de varias de las que nos prosigan. Para cuándo, por ejemplo, una buena edición crítica de la prosa de Quevedo —Blecua nos ha legado la de su poesía; algunos insignes tratadistas, como Lázaro Carreter, la de aspectos parciales como *El Buscón,* pero queda mucho por hacer—. Cuándo una edición completa de Lope —reconociendo los esfuerzos de don Marcelino y de Cotarelo—. Cuándo una reedición completa adecuada de Góngora, de Calderón... Podríamos seguir. Hasta las grandes figuras del Siglo de Oro esperan su turno, la dedicación de un crítico que les ofrezca su vida, como Dámaso Alonso a Góngora...

La opinión de Dámaso Alonso sobre nuestro romanticismo no es muy halagüeña (p. 502). En este terreno no queremos entrar, pero sí señalar la necesidad de un replanteamiento, desde las raíces del XVIII, que ya ha comenzado a hacerse.

Y Alonso llega así a uno de sus poetas preferidos: Garcilaso (pp. 513 y ss.). El es símbolo de la modernidad (p. 520), hito con Juan de Valdés (¡cómo hemos asimilado estas ideas!). Nos da la primera imagen del sentimiento de la literatura española, Garcilaso (p. 522). Alonso estudia su relación con Italia (pp. 526 y ss.), con Isabel de Freire, etc. Garcilaso, pintor del movimiento (p. 529). Bellísimo elogio de don Dámaso acerca del endecasílabo, como tan sólo haría un poeta (pp. 539 y ss.). Cotejo del tema de Ausonio en Garcilaso, Ronsard y Góngora. Destaca la técnica de correlación, etc., que luego resaltará al hablar de Góngora (p. 548, n. 1).

Descubre autores perdidos en el olvido injusto de la cultura, como los dos primeros madrileñistas (Fernández de Oviedo, Hurtado de Mendoza) (pp. 553 y ss.).

Incide en otra problemática importantísima: Erasmo y España. Algunos textos son anteriores a la aparición en castellano del libro de Bataillon. Coteja el texto de Erasmo con la traducción suavizada por el Arcediano del Alcor. Oscila entre las opiniones de Pidal y de Bonilla. Amplificación, glosa interpretativa, en la traducción. Alonso parte ya aquí de una base positivista, documentada, pero suma un análisis estilístico lleno de sensibilidad crítica. Estudia las ediciones de Erasmo en castellano (pp. 597 y ss.), con estilo sencillo y amenísimo toca temas de erudición, prestándoles un gran atractivo. (Ej., pp. 615 y ss. sobre *Paraclesis,* etc.). *(Cfr.* pp. 639-641 sobre el valor de Erasmo.) Rompe con tópicos (p. 645) acerca de Erasmo, cuyo auténtico sentido fija. Este trabajo es de 1932, y *Erasmo y España* de Bataillon es de 1937, traducido al español en 1950, libro que glosará y comentará (pp. 657 y ss.).

Se abrazan una vez más positivismo y estilística en su trabajo sobre Hurtado de Mendoza (pp. 680 y ss.).

De nuevo recala en un poeta de su interés, fray Luis de León (pp. 767 y ss.), que ha encontrado, por cierto, un editor cuidadoso en el profesor Cristóbal Cuevas —véase su edición de *Los nombres de Cristo* en Editorial Cátedra, colección Letras Hispánicas—. (Esperamos la edición de su poesía por el profesor Blecua.)

Una vez más Alonso mezcla de manera originalísima los datos históricos con el calor de una aproximación estilística y su humanismo peculiar. Estos trabajos eran en su ma-

yor parte ya conocidos por la crítica, pero su relectura nos conduce de nuevo a la admiración hacia su autor.

Y San Juan de la Cruz (pp. 869 y ss.), poeta muy querido del 27 —véase el breve ensayo de Guillén en *Lenguaje y poesía,* etc.—. También aquí unas conocidas páginas nuevamente recopiladas. Dámaso Alonso es ahora más afectivo, el tema le retrotrae a su propia alma de poeta. Pero siempre la base objetiva de testimonios históricos. También una red de relaciones culturales sobre el camino que sigue la lírica desde la poesía italiana, a Garcilaso, fray Luis y San Juan. Estudia las huellas de Garcilaso en San Juan (pp. 895 y ss.) con el eslabón intermedio de la versión a lo divino de Sebastián de Córdoba que manejó San Juan (p. 898). Temas: el árbol, la fuente, el aire, la noche oscura, la amada, el fuego de amor vivo... (pp. 903 y ss.). De nuevo se enlazan una vez más crítica positiva, temática y estilística. Y además estudia la tradición castellana y bíblica en San Juan. Y su estilo: aquí una anotación teórica que recojo:

> Estamos persiguiendo un estilo. Para mí, estilo es todo lo que individualiza a un ente literario: a una obra, a un escritor, a una época, a una literatura. El estilo es el único objeto de la crítica literaria. Y la misión verdadera de la historia de la literatura —esa lamentable necrópolis de nombres y de fechas— consiste en diferenciar, valorar, concatenar y seriar los estilos particulares. (Pág. 993.)

Quizás gracias a Dámaso Alonso hemos enterrado esa necrópolis literaria de nombres y fechas, para siempre.

En otro punto, más adelante:

> (...) Habrá que interrumpir, pues, el procedimiento analítico, aunque sólo sea por un momento, para dejar obrar a la intuición. (...) (Pág. 1.004.)

Alonso no teme a la intuición, pero la suya está muy bien documentada, ya en los años 40 en que redacta estos trabajos.

No voy a descubrir aquí este importantísimo estudio, de todos conocido. Sólo incitar a su relectura, a volver sobre él. Junto a los trabajos sobre Góngora son quizás lo más excelso de don Dámaso, aunque, la verdad sea dicha, hay mucho donde elegir.

El volumen III de estas *Obras Completas* lleva por título *Estudios y ensayos sobre literatura. Segunda Parte,* 1974.

Contiene un trabajo sobre la recepción de *Os Luisiadas* en España (1579-1650). Y estudia la poesía del Siglo de Oro, rompiendo con el tópico de que España es un país sin lírica —tópico hoy olvidado entre otros, gracias a don Dámaso—. El milagro es Garcilaso nos dice (p. 53). Reflexiones ensayísticas de 1963 sobre la documentación que había fijado antes en los años 40. Es aquí Alonso más ensayístico, hay lugar para la evocación personal (pp. 69 y ss.), un peculiar estilo afectivo, a través de una serie de digresiones que tienen más valor testimonial que documental, y nos reflejan el aspecto entrañable del crítico-poeta. Luego, enseguida, con pudor de habernos mostrado su alma, vuelve a la documentación: un manuscrito sevillano de justas en honor de santos de 1584 a 1600 (pp. 75 y ss.). Dámaso Alonso no es sólo un poeta de acertada intuición crítica sino un riguroso investigador.

La parte central de este volumen creo es *Vida y obra de Medrano* (pp. 139 y ss.). Lamentablemente no recoge los textos de este autor, que en la edición original se in-

cluían. Contamos para completarlo —dado que está agotada la antigua edición original—, con el esfuerzo de Felipe B. Pedraza Jiménez, que ha editado *Rimas,* facsímil de la príncipe de Palermo 1617, con prólogo, en Aranjuez, ed. ARa Iovis, 1985. El prólogo de Pedraza sigue aspectos del magnífico trabajo de Alonso, con anotaciones de interés.

En este trabajo Dámaso Alonso nos cuenta hasta lo que hay detrás de su labor minuciosa de rastreo. También vuelve a escribir sobre la Estilística, a la que llama «gran cajón de sastre» (p. 141):

> Pero apartada la estilística lingüística (de Bally, etc.) hemos de reconocer que la que ahora nos interesa, la literaria, no es sino la nueva forma que nuestra época da o quiere dar a la crítica. De otro modo: es la crítica literaria, después de la lección del positivismo metodológico. Aplicamos hoy una lente microscópica, donde el siglo XIX procedía sólo por intuiciones y generalidades. Eso es todo. Y de ningún modo podemos prescindir de la intuición previa. Sin ella, la Estilística no pasará de vulgar cuentahilos. (...) (Pág. 141.)

Pero Alonso estudia también datos biográficos (pp. 143 y ss.), la relación de Medrano con la Compañía de Jesús, etc. Saca a este autor de su olvido de siglos, con erudición y buen gusto. Estudia el caso de jesuítas rebeldes o desasosegados, como los llama (pp. 163 y ss.). Recrea a este poeta olvidado y sus relaciones personales. Ojalá hubiera hecho lo mismo con el genial Aldana, con Bocángel, con Soto de Rojas... Hay un enorme campo que cubrir con los grandes segundones del barroco y renacimiento español. Su recreación está llena de verdad y sentimiento, a la vez que sabiduría. Sobre los documentos, una vez más, la intuición —cuyo valor defiende—. Destaca que la poesía de Medrano, cuya vida ha investigado, es poesía de imitación (pp. 253 y ss.): de Horacio, Boecio, Tasso, Plinio. Son fuentes e influencias positivistas, de nuevo, con un sentido humanista peculiar. Lo compara con Herrera —resaltemos la magnífica edición de Cristóbal Cuevas en Cátedra, actualmente—, y Francisco de la Torre —editado recientemente en la misma colección Letras Hispánicas—. También lo coteja con fray Luis. Y finalmente un estudio estilístico, siempre admirable en nuestro autor (pp. 297 y ss.), que prepara el armazón teórico que aplicará a Góngora (pp. 313 y ss.): hipérbaton, reiteración, correlación... Clasifica los sonetos y las odas. Estudia las cualidades métricas. Saca así conclusiones valiosísimas de lo que en otros críticos han sido constataciones frías y ciegas.

Es admirable este trabajo sobre Medrano, fechado en 1948, que era inasequible y ahora podemos leer en reedición accesible. Está al día don Dámaso: en nota final de 1973 recala en el descubrimiento de nuevas poesías de Medrano. Concluye que hoy sabemos que la obra de este poeta es mayor que cuando se publicó el primer volumen de su estudio, en 1948. Esperamos la edición de estos poemas, unidos a los anteriores. Lástima que no hayan recogido al menos el volumen II, con la obra de Medrano. Pero ahí está el esfuerzo de la edición facsímil que hemos elogiado. Siguen luego una serie de apéndices documentales sobre el poeta, y transcripción de algunos textos, entre ellos dos romances, que creemos tienen interés literario.

Debemos destacar de paso la cuidada elaboración de estas *Obras* de Dámaso Alonso, lujosísimas, bellísima composición, y con reproducción de láminas alusivas a los textos del autor.

También recoge un trabajo sobre el Fabio de la *Epístola moral* (pp. 515 y ss.), con

problemas de autoría, atribuciones, y datos históricos en México y España (pp. 526 y ss.). Dámaso Alonso nos enseña a no adoptar una actitud de burócratas de la cultura, sino a elaborar una visión comprehensiva y comprensiva de los autores a través de una sólida documentación. En el silencio del tiempo, hay todavía grandes autores que esperan su resurrección de manos de algún crítico enamorado. Pero se ha recorrido mucho trecho, y el esfuerzo de Dámaso —en la línea de sus precedentes, a los que completa de modo personal— ha contribuido en mucho a que nos encontremos en la actual situacion privilegiada.

El tema de Dámaso Alonso es el Siglo de Oro, no nos cabe duda. Siempre aporta nuevos descubrimientos (pp. 669 y ss., de 1974), en un esfuerzo por estar al día, por revisar sus textos. Luego estudia a Carrillo Sotomayor (pp. 701 y ss.), poeta de gran interés literario. Ya en 1936 se había fijado don Dámaso en su poesía con este artículo.

Y el gran monstruo de la naturaleza, devorador de tantos críticos que nunca pudieron abarcarlo por completo: *En torno a Lope.* De nuevo fuentes e influencias positivistas unidas a su humanismo peculiar. Marino, deudor de Lope. Lope, influido por Cervantes (pp. 834 y ss.). Influencia de *El caballero de Yllescas* sobre *Los intereses creados* (pp. 852 y ss.). Acusación de Lope contra Góngora (pp. 883 y ss.) en importante labor de archivo. Son trabajos sueltos sobre Lope, ahora recogidos en volumen. Dámaso Alonso se pasea a lo largo y lo ancho de nuestra cultura, siempre con sabiduría y personalidad.

El volumen contiene trabajos sobre el *Cancionero Antequerano* (pp. 937 y ss.), los entremeses atribuidos a Cervantes (pp. 961 y ss.) —concluye que no son atribuibles, pero qué más da, tienen gracia, nos dice—. Sonetos atribuidos a Quevedo (pp. 983 y ss.) —que también descarta—.

El volumen IV de las *Obras Completas,* es *Estudios y ensayos sobre literatura. Tercera Parte. Ensayos sobre literatura contemporánea,* Madrid, Gredos, 1975. Allí anuncia como en preparación: volúmenes V y VI sobre Góngora —luego serán en realidad estos volúmenes y el VII, también dedicado al poeta cordobés—; VII de Análisis estilístico; VIII de Comentario de textos —que ahora acaba de aparecer—; IX, España y la novela —sobre la novela del Siglo de Oro—; X, Obra creativa —poesía y prosa—; XI, Otros estudios lingüísticos o literarios. Don Dámaso prepara actualmente el volumen IX.

Este volumen IV contiene textos de primordial importancia para situar la labor crítica de Dámaso Alonso en relación a Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal, cuya obra analiza.

Alonso homenajea a Menéndez y Pelayo y estudia la evolución de su pensamiento crítico de 1877 a 1891 (p. 12) («pasa de ser un intransigente esteta, adorador de la forma horaciana, a ser un crítico ampliamente humano») (p. 13). De su clasicismo intolerante a la palinodia subsiguiente que reflejan su honradez intelectual, como en el caso de Heine (p. 35). No cambia respecto a Bécquer (pp. 37-38), en testimonio de Valera, aunque le incluye en sus cien mejores poesías (pp. 40-41). Niega la poesía tradicional. Frente a la interpretación tópica que a veces se difunde de un Menéndez y Pelayo intransigente, Alonso propugna la visión de un crítico que evolucionó al menos en sus ideas estéticas. Habría un momento en que descubre la lírica popular (pp. 49 y ss.), en 1890, quizás por intermedio de Lope. Aunque es firme en negar el barroquismo y Góngora —indirectamente es resaltado aquí el valor del trabajo de Alonso, quien

reconoce que Darío les descubrió a Góngora, y que éste lo había aprendido del simbolismo francés; pero la auténtica revalorización se debe a don Dámaso, evidentemente, acompañada de los actos del 27—. Se lamenta don Dámaso de la truncada *Antología de poetas líricos,* que no llegó al barroco, porque don Marcelino leía para escribir y lo conocía poco (p. 65). Se refiere también a la base estética de don Marcelino: Hegel (pp. 72 y ss.). Estudia sus últimas rectificaciones en su madurez, con benevolencia para Calderón (pp. 77 y ss.).

También es de suma importancia, para comprender la cadena crítica de nuestra filología, que se hereda de una generación a otra en admirable relevo, su trabajo sobre Menéndez Pidal (pp. 83 y ss.). Pero allí destaca: «la labor genial de Menéndez Pelayo consistió, en, sobre el gran acervo de datos, aplicar su poderosísima capacidad de intuición» (p. 85). Fue una obra poética más que rigurosamente científica (pp. 85-86), trabajo «a zarpazos de genio». El genio de Menéndez Pidal es antagónico: artístico y poético al de don Marcelino, pormenorizador, reflexivo y estrictamente científico el de don Ramón (p. 87): la intuición frente a la inducción.

Elogia a Menéndez Pidal como sistematizador de la ciencia europea, europeización de la España aislada, como quería el 98. Repasa sus más importantes aportaciones sobre la épica, frente a Bédier —tema muy querido a don Dámaso—, y los orígenes de la lírica (pp. 94 y ss.). Resume sus teorías, recreándolas. Destaca que comprendió «la unión indestructible de lo literario y lo lingüístico» (p. 94), importancia del lenguaje, que es el material de la literatura. De aquí su *Manual de Gramática Histórica* de 1904 y su *Orígenes del español* —aún son libros de texto entre nosotros—. En la historia literaria, la innovación de Menéndez Pidal es «la utilización de conocimientos lingüísticos» (p. 109), contrasta con el desdén de don Marcelino por las labores textuales (p. 110). Trata sobre la relación de don Ramón con la generación del 98 (pp. 99 y ss.), y con don Marcelino (pp. 103 y ss.). Creemos que don Dámaso enlaza con ellos, pero con personalidad propia e inconfundible. Ahora se comprenderá mejor lo que hemos ido señalando en páginas anteriores: el enlace entre la intuición de Menéndez Pelayo, el rigor positivista de Menéndez Pidal y la labor de Dámaso Alonso, que hereda ambas posturas adaptándolas, sobre una base sólida de documentación, a la estilística joven del momento, pero siempre desde una perspectiva personal, llena de humanismo. Insistimos en estas ideas, que tienen fundamento en estos trabajos críticos del propio Alonso. Engarza de esa manera una tradición filológica a la que fecunda con nuevo impulso. Luego, los discípulos de Pidal, que enumera (pp. 142 y ss.), ilustres personajes hoy día. Increíble labor la de Pidal y su escuela. Dámaso Alonso pertenece de modo peculiar a esta gran familia de investigadores que toman el relevo a través de la historia de nuestra cultura.

Contiene este volumen también una serie de *Ensayos sobre literatura española contemporánea* (pp. 171 y ss.). Son autores más modernos, y hay menos distancia crítica. De algunos de ellos, miembros del 27 ó del 36, habla desde una perspectiva de amistad que presta a sus páginas un interés testimonial ante todo: así Bécquer; Salinas; Rosales; Antonio Rodríguez Moñino —un bello trabajo sobre el amor al libro, sobre este erudito—; evocación afectiva de su hermano Amado Alonso; Lapesa; Blecua; cartas inéditas de Salinas, de Unamuno; textos sobre la poesía de Maragall, de Antonio Machado

—estos dos trabajos últimos son de gran interés, el primero un bello análisis estilístico, y el segundo importante también para demostrar la fecundidad de la estilística en su aplicación—; Américo Castro; Jorge Guillén —visión de cálida proximidad afectiva, aunque discutible cuando lo califica de «poeta puro» (pp. 699 y ss.), *cfr.* mi edición de *El argumento de la obra,* Madrid, Taurus, 1985—; Vivanco, Zamora Vicente —otro ilustre erudito y tratadista—... Su testimonio personal respecto a la generación del 27, a la que él mismo pertenece... Páginas siempre dignas de ser releídas, ahora en esta espléndida edición.

Su apartado sobre *Poetas españoles contemporáneos* (pp. 503 y ss.) versa sobre Bécquer —siempre Bécquer en la base del 27, véanse Guillén y Cernuda en sus ensayos—; Manuel Machado —¿para cuándo una reedición de sus poesías, largo tiempo agotadas?—; Antonio Machado de nuevo; Gabriel Miró; la generación de 1920-1936 (fundamental testimonio autobiográfico); Alberti; Salinas; Guillén de nuevo; Gerardo Diego —léase la edición de Francisco Javier Díez de Revenga, en Clásicos Castalia, Madrid, 1985, de parte de su obra poética—; un trabajo importante sobre Aleixandre, de 1944, anterior por tanto al estudio de Bousoño al que empistaría. Evocaciones afectivas de Panero, Carmen Conde, Luis Rosales, José María Valverde, Laín Entralgo, Martín de Riquer... Dámaso Alonso siempre ha sido un hombre generoso con sus amigos... Se contienen aquí textos también de discursos en la Real Academia.

En fin, son textos dispersos y entrañables, con apuntes que orientaron a veces a la crítica subsiguiente. Dámaso Alonso no tiene miedo a la modernidad, y en su admirable obra transcurre desde lo medieval, al Siglo de Oro, y a los autores recientes. La crítica futura tendrá que discernir dónde están sus aciertos más importantes. Para nosotros, la obra cumbre de Alonso son sus tres volúmenes dedicados a *Góngora y el gongorismo* —volúmenes V, VI y VII de sus *O.C.,* respectivamente publicados en 1978, 1982 y 1984—. No me refiero a ellos porque los he analizado, fechas antes, en estas mismas páginas.

El volumen VII, de 1984, trata de Góngora y el *Polifemo,* con importantes aspectos biográficos. Destaca la influencia de su poesía a través de los siglos, hasta la actualidad. Recoge una antología de Góngora, anotada y comentada —valiosísimos comentarios (pp. 281-877)—. Dámaso Alonso hace comentarios llenos de sabiduría y sensibilidad crítica.

El volumen VIII, *Comentarios de textos,* recién editado, 1985, contiene trabajos de 1977. Es el Dámaso Alonso de hoy. Contiene una edición y estudio, de máximo interés, de la *Epístola moral a Fabio* de Andrés Fernández de Andrada, tema sobre el que vuelve —lo hemos visto antes—. Realiza un análisis de estilo en pp. 43-69. Ediciones y atribuciones, labor de crítica textual (pp. 69-225), con estudio de manuscritos. Una vida de Andrés Fernández de Andrada (pp. 225-277).

Así mismo sobre Gil Vicente y la *Tragicomedia de don Duardos* (pp. 277 y ss.). Y una serie de «Estudios varios» (pp. 483 y ss.), sobre *Tirant lo Blanc, La Celestina, Lazarillo,* la novela cervantina, Antonio Machado, Vicente Gaos, y —de nuevo otra vez sobre su tema preferido—: Góngora entre sus dos centenarios.

Dámaso Alonso es un trabajador infatigable, y vuelve sobre los temas que le han atraído por su problemática vital. Este volumen VIII recién editado nos presenta una

visión de nuestro autor en continua evolución. Los volúmenes que a continuación se publicarán nos ofrecerán todavía una dimensión inédita de su personalidad. La labor de documentación de este volumen, como la de los anteriores, es admirable. Sobre esta documentación se eleva el pensamiento del crítico, con una intuición sólidamente fundamentada. Lo hemos dicho ya: positivismo —herencia de Menéndez Pidal— y estilística, se abrazan en su texto. Y el recuerdo de la intuición genial de Menéndez Pelayo pervive en sus páginas. Pero nadie podría negar una absoluta originalidad personal a los trabajos de este crítico-poeta, poeta de la cultura, infatigable peregrino de vidas y manuscritos.

Dámaso Alonso nos comunica su sabiduría y su sensibilidad. Leer estas *Obras Completas* —releer algunos textos, abrirse a otros inasequibles, encontrarse con otros inéditos— es una apasionante aventura intelectual. Un auténtico regalo para el espíritu.

Hay que volver a Dámaso.

Diego Martínez Torrón

La leyenda de Pascua*

Cuanto se apenaron, con balsamía
diez heridas, dí de ahora, en Egipto
se apenaron diez heridas, y sobre el
mar se apenaron cincuenta heridas.

De más está decir que no es la primera vez que Manuel Alvar, de la Real Academia Española, se acerca a los textos judeo-españoles[1]. Sin embargo, la obra que nos ocupa, *La leyenda de Pascua* (LP) llama la atención por su amenidad y su preciosismo.

Esta *joya*, término tan grato al autor, ha sido publicada por la editorial AUSA (Saba-

* *MANUEL ALVAR,* La leyenda de Pascua. *Tradición cultural y arcaísmos léxicos en una* Hagadá de Pesah *en judeo-español.*

[1] *Puede consultarse entre otros:* Cantos de boda judeo-españoles *(Instituto Arias Montano, C. S. I. C., Madrid, 1971);* Dialectología Hispánica *(U. N. E. D., Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1978, temas XXXI al XXXVI) y* Poesía tradicional de los judíos españoles *(Porrúa, Méjico, 1971).*